

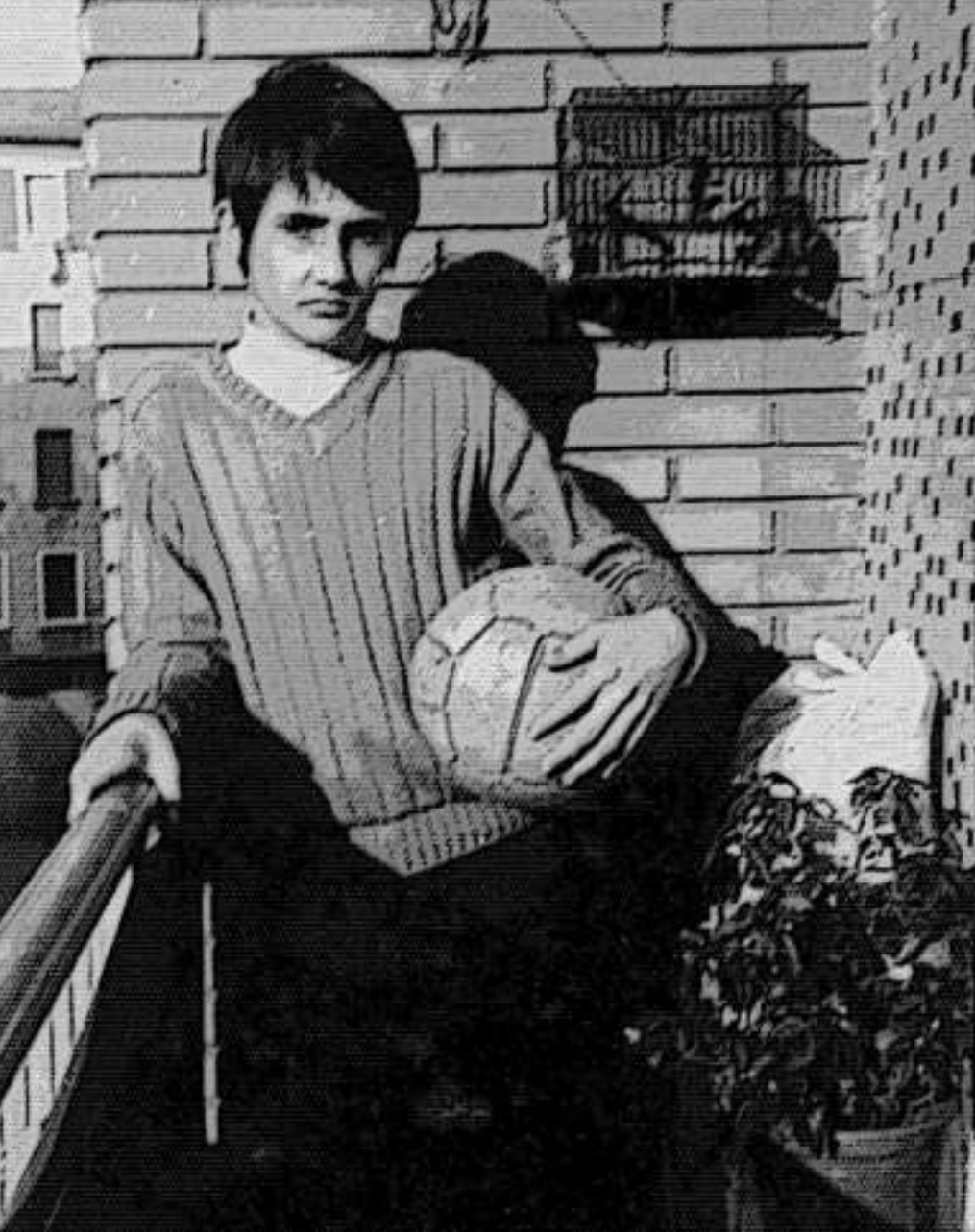
1972 - Vacaciones en... Santurtzi

Roberto Moso



CUENTOMETRAJES 4

*Liburuaren Eguna ospatzeko egindako argitalpena.
Edición realizada con motivo del Día del Libro.*



Sentipen bakarra, norberarena, jostagarria da irakurketa. Alde batera utzi behar ez den atsegina, gure esku dugun abentura. Neurrira egindako liburuak daude, gustu eta adin guztietarakoak. Ausartenek pentsarazi egiten digute, barre eragiten jostalarienek, negarra gordinenek. Beste batzuk alegiazkobidaiaari bihurtzen gaituzte, pirata, detektibe, astronauta. Etorkizuna agertzen duten liburuak, oraina aztertzen dutenak eta haurtzarora begira jartzen gaituztenak. Hone-lakoa da 2005eko apirilaren 23an, Done Jurgi eta Liburuaren Nazioarteko Eguna, Udal Liburutegi Sareak irakurleei oparitu nahi dien kontakizuna. Roberto Moso musikari, kazetari eta idazle santurtziarraren kontakizunak hainbat jatorriko haurren arteko laguntasunaz hitz egiten digu eta horren urrun ez dagoen iraganean umek egiten zituzten barrabaskerien berri ematen digu. Kontakizunak, bestalde, herriko eraikin esanguratsuenetako bat du eszenatoki, Oriol jauregia, duela gutxi berritu dutena. Ziur naiz irribarrea eragiteaz gain haurtzaroan ezagututako beste “Roberto” eta “Rafa” asko ekarriko digula gogora.

Leer es una sensación única, individual, lúdica. Un placer del que no hay que privarse, una aventura a nuestro alcance. Hay libros a la medida, para todos los gustos y para todas las edades. Los más atrevidos nos obligan a pensar, los más juguetones nos hacen reír, llorar los más crueles. Otros nos convierten en viajeros imaginarios, en piratas, detectives, astronautas. Libros que dibujan el futuro, examinan el presente o vuelven la mirada a la niñez. Este es el caso del relato con que este 23 de abril de 2005, festividad de San Jorge y Día Mundial del Libro, la Red de Bibliotecas Municipales quiere obsequiar a sus lectores y lectoras. Una narración de Roberto Moso, músico, periodista y escritor santurtziarra, que nos habla de la amistad entre niños de distintas procedencias y nos cuenta una de las “trastadas” a las que se dedicaba la chavalería en un pasado no muy lejano. Un relato que, además, tiene por escenario uno de los edificios más emblemáticos de nuestro pueblo, el palacio Oriol, recientemente rehabilitado. Estoy segura de que su lectura, además de arrancarnos una sonrisa, nos hará recordar a muchos otros “Robertos” y “Rafas” que conocimos en nuestra infancia.

Myriam Frade Espinosa



*Edita: Santurtziko Udala
Ayuntamiento de Santurtzi
Bizkaia*

© Santurtziko Udala. Ayuntamiento de Santurtzi

Ilustración: Danel Bringas

Edición: Enrique Bernaola

Impresión: Grafo, S. A.

Depósito Legal: BI-893-05

*1972 - Vacaciones en...
Santurtzi*

Roberto Moso

CUENTOMETRAJES 4

SANTURTZIKO UDAL LIBURUTEGI SAREA
RED DE BIBLIOTECAS MUNICIPALES DE SANTURTZI

Vacaciones en Santurtzi. Todos mis amigos han emigrado y yo sigo aquí. A finales de agosto yo también viajaré con mi familia hasta los remotos confines de Haro —una jornada entera de travesía, previsibles mareos— pero ahora los largos días de julio, eternos a los doce años, exigen alternativas. Están los partidos de los “mayores” que al tener también muchos efectivos ausentes admiten algunos refuerzos-estorbo. Peligrosa elección. En esos derbys hay un constante sorteo de codazos, balonazos y entradas salvajes, yo tengo muchas papeletas. A mi corta edad, ya cuento entre mis experiencias la de un verano con la pierna escayolada, haciendo acrobacias para bañarme y usando una aguja de hacer punto para rascarme la rodilla. No, gracias.

La calle se convierte así en un territorio a explorar. Nombres que hace un mes constituían personajes secundarios en el devenir diario, alcanzan inesperado protagonismo. Es lo que ocurre con Rafa, “exótico” vecino de arriba, perteneciente a la bulliciosa y polémica prole de *los andaluces*.

Rafa no es como yo ni como nadie de mi cuadrilla —de hecho sudo para entenderle—. Sus doce años son de un resuelto pasmoso, siempre da la sensación de saber exactamente lo que quiere hacer y cómo.

Desde que llegaron *los andaluces*, dos familias numerosas que ocupan el último piso de nuestra casa de vecinos (todos entonces de alquiler), ya nada es igual. Catorce personas y un gato han revolucionado la vida cotidiana del inmueble. Los primeros días cunde una cierta alarma general y los corrillos de la escalera hablan de juergas flamencas y costumbres primarias intolerables que ponen en peligro la convivencia y las buenas costumbres. Pero pronto se acaban los miedos. Esas familias llegadas de una remota aldea jienense son distintas en muchas cosas, sí, pero muestran desde el principio una decidida disposición a ganarse el aprecio de la vecindad aportando su nutrido contingente humano en todo tipo de trabajos colectivos. Gente curtida.

El impresionable niño que soy observa a escondidas el comportamiento diario de Rafa sin dar crédito a lo que ve. Mi vecino, mas bien mugriento y siempre airoso, se maneja con destreza con los perros callejeros, se cuele elegantemente en el cine, domina la goitibera como si hubiera nacido sobre ella y siempre, siempre está haciendo algo, desde sacar punta a un palo hasta cazar grillos con una pajita. Yo le admiro en secreto pero no sé muy bien como acercarme a él.

Aquel verano del 72, el destino acabaría uniendo nuestras suertes. Rafa era un chaval de ojos vivos y un tanto desconfiados que lo observaban todo con perspicacia felina. En realidad alguien como él no necesitaba para nada a un patoso como yo, pero mira por donde, había un arma en mi poder que le resultaba de gran interés: la información. Yo llevaba 12 años más que él en Santurtzi, en algo tenía que notarse. Durante aquellos eternos días de vacaciones, me convertí en su guía. Le fui enseñando los fortines en ruinas del monte Serantes con sus malolientes pasadizos, la vasta extensión de containers del superpuerto (donde hizo atrevidas “adquisiciones”) y las antiguas casonas vacías que entonces abundaban, todo un descubrimiento.

Este capítulo acabaría siendo nuestra perdición. El dedo índice de Rafa señaló enseguida cuál sería nuestro siguiente objetivo: el palacio de Oriol. Yo nunca llegué a conocer habitantes en aquella mansión. La imaginación infantil, mezclada con algunas historias escuchadas de nuestros mayores, habían creado un mundo tenebroso que llenaba de misterio aquellas imponentes fachadas. Criadas asesinadas, mendigos desaparecidos para siempre, la aparición de un ahorcado en el desván, el fantasma de Don Boni, durante años temible párroco de la localidad, vagando por

las estancias... Lo cierto es que un remoto día la familia Oriol dejó de pasar sus veranos en Santurtzi y el presupuesto en mantenimiento y vigilancia fueron disminuyendo de año en año.

El aspecto que ofrecía entonces aquel enorme edificio de principios de siglo era realmente inquietante. Las viejas postales de Santurtzi lo presentaban dominando una preciosa calita a la que se accedía por unas recoletas escaleras. En unos pocos decenios la playa y el acceso habían desaparecido y entre el mar y el edificio se había rellenado un terreno por donde ahora pasaban las vías del ferrocarril y una carretera. Lo que en su día lucía como una espléndida villa solariega era ahora una sombra negruzca semi cubierta por la hiedra y con varias grietas en su estructura. A su lado, la casa de “Psicosis” resultaba acogedora.

— Tenemos que entrar...

¡Claro!, cómo no. Era sencillo. Se trataba simplemente de cruzar los raíles, trepar por una escarpadísima pendiente plagada de ortigas, saltar un muro de unos tres metros que rodeaba toda la estancia —coronado con cristales rotos— y conseguir abrir el portón o alguna de las ventanas, cerradas a cal y canto desde la noche de los tiempos.

Rafa lo preparó todo con detalle. La estación estaba demasiado concurrida durante el día, el asalto sería noctur-

no. Aprovechando las sesiones de cine al aire libre en las escuelas viejas, excusa perfecta para salir a esas horas, nos escaparíamos con disimulo y acometeríamos la misión. Cada uno llevaría su linterna y él se encargaría de abrir la puerta con una ganzúa. Lo que en mi cuadrilla habría sido sencillamente implantable, estaba a punto de ocurrir. Aquel muchacho, por muy seguro de sí mismo que pareciera, no habría de verme temblando. Maldita sea, yo era el autóctono, aquel palacio me pertenecía más que a él, si entre los dos había algún sherpa ese era yo. ¿O no?

La noche anterior al “día D”, fue una noche de angustia veraniega. Antes de acostarme deje caer el tema en casa, como si tal cosa, para recabar información. Mis padres, ajenos a mis intenciones, parecían muy divertidos con la conversación. Volvieron a salir todas las leyendas negras matizadas con esa socarronería que tanto gusta a los padres y que tan difícil resulta captar en la infancia. Para rematarla, mi madre hizo un inocente comentario que a mí me resultó especialmente turbador:

— Esa pobre gente salió del pueblo escopeteada porque aquí no tuvieron más que disgustos. Ese sitio siempre ha estado *gafado*.

Me quedaba un mínimo ápice de esperanza:

— ¿Tiene vigilantes?

— Hace muchos años solía verse un señor por ahí, arreglando un poco el jardín y supongo que vigilando, estaba siempre medio borracho... Pero luego construyeron el muro y hace mucho tiempo que no se le ve...

Mi padre remató la jugada:

— ¿No decían que le cayó un trozo de cornisa y lo mató?

La posterior polémica sobre si el luctuoso suceso ocurrió en esa o en otra vivienda contigua no consiguió precisamente calmar mi zozobra. Fue aquella una noche de sábanas sudadas. Recuerdo con absoluta nitidez el sueño que mi subconsciente llegó a elaborar cuando rendido ya, a altas horas de la madrugada, Morfeo me permitió una pequeña tregua: Rafa abría la puerta del palacio y nos recibía una estancia iluminada y repleta de muebles antiguos todo muy dorado, muy palaciego. Había un enorme cuadro en la entrada con un señorial caballero vestido con galas militares y una vitrina repleta de muñecas de porcelana, Rafa se volvía loco de codicia y trataba de introducir todos los objetos que podía alcanzar entre sus ropas. Yo le rogaba moderación y no quitaba ojo a la mirada censora que se nos clavaba desde el imponente óleo.

Entonces el reloj de pared, que funcionaba a la perfección, empezó a sonar con un retumbo sobrecogedor:

“*cou, cou, cou*”. Como si de una señal secreta se tratara, aquellas terroríficas muñecas comenzaron a mover sus articulaciones y a romper las vitrinas. Rafa y yo, deshechos de puro pánico tratábamos de alcanzar el portón pero éste se cerraba en nuestras narices con un “*blam*” ensordecedor. El mismo “*blam*” que me devolvía a una realidad no del todo reconfortante.

Aquella jornada de tórrido calor, mi vecino actuó durante todo el día como si no se acordara de nuestro plan. Le pude observar desde mi ventana puteando entre risotadas a su pobre gato y persiguiendo escaleras abajo a su escandalosa hermana. Yo no sabía ya qué excusa poner. “Me han pillado cuando buscaba la linterna”, “me he torcido el tobillo jugando al fútbol”... Finalmente concentré todos mis esfuerzos en convencer a mis padres para que bajaran al cine nocturno... “Lo siento, no puedo escaparme, están mis padres”...

Pero estaba programada “Adiós, cigüeña, adiós” de Manolo Summers y no les apetecía un pimiento bajar a las escuelas... La suerte estaba echada.

Así que poco después de las diez, cuando las bocas del variopinto personal, clavado en las sillas de tijera, comenzaban a abrirse ante la pantalla gigante, Rafa me hizo una levísima seña que encogió aún más mi microscópico

estómago. “Esta película tiene muy buena pinta. ¿De verdad quieres irte ahora? ¿No prefieres dejarlo para mañana?” Pensé intensamente. Pero sabía la respuesta y mi boca no llegó a articular esas palabras. Rafa estaba muy decidido, le daba morbo penetrar donde nadie se atrevía y además, aunque no me lo confesó abiertamente, yo deduje de algún comentario entre dientes que tenía la esperanza de encontrar objetos de valor. “Eso si que no, yo entro donde haga falta, pero no quiero robar, eso no está bien” estuve a punto, pero a punto de decir.

Así que emprendimos la marcha. La verdad es que su admirable decisión era mi único consuelo en tan delicada situación. Recuerdo que encajé la linterna entre mi tripa y el cinturón. El corazón me latía con tal fuerza que con cada palpitación se me iba clavando como un cilicio. Rafa no parecía reparar en mi pánico. Era un niño pasmosamente flemático, capaz —como pude comprobar con mis propios atónitos ojos— de encararse sin mayores angustias con los gitanos del barrio. El no se imaginaba mi estado de ánimo porque sencillamente no entraba en sus esquemas. Lo que estábamos haciendo era interesante, emocionante quizás, pero ¿peligroso? ¿Por qué?

Así que, metidos en harina, toda mi obsesión era no cagarla. Por algún absurdo resorte pueril yo procuraba

fruncir el ceño como él y hacer comentarios ajenos a nuestra misión, tratando de aparentar que, efectivamente, no ocupaba el 200% de mis preocupaciones.

Antes, mucho antes de lo que hubiera deseado, mi temerario amigo y yo estábamos en la oscura y solitaria estación de Peñota, justo en frente de nuestra inaudita misión.

“Cuando yo te diga, vienes”, dijo de pronto sin mirarme. Rafa había elaborado un plan de acción y no parecía dispuesto a eternizarse en la espera. Yo por mi parte había tomado una decisión inconfesable: “No pienses, Roberto, simplemente no-pien-ses”.

Difuminada por la oscuridad, pude observar su dinámica silueta ascendiendo entre la maleza por la escarpada pendiente hasta topar con la pared. Tras unos segundos de indecisión, Rafa dio un respingo y se asió con destreza a unas enredaderas. En menos de un minuto ya se había encastrado al muro y antes de alcanzar la cumbre se dedicó a destrozarse cristales disuasorios golpeándolos con la culata de su linterna. Un artista. Un líder. Una auténtica alucinación.

— ¡Venga, *vamo shá!*

Sí, yo era el siguiente. Claro que grácil, lo que se dice grácil, nunca he sido y mi ascensión tuvo otras características. Primero me tropecé aparatosamente en las vías del tren después me magullé en la subida con unas zarzas y por últi-



mo estuve a punto de caer a plomo cuando la hiedra cedía bajo mi peso, lo que no ocurrió porque Rafa me atenazó con decisión la muñeca y me elevó cual pluma hasta aposentarme sobre unos dolorosos cristales. Empezaba bien la aventura. Rafa reprimió con un tajante “chist” mi alarido de dolor y al punto dio un salto de pantera perfecto en su ejecución. “No pienses”, yo también salté. Traté de imitar su técnica, pero no me salió. Mi aterrizaje fue todo menos mullido. El impacto me produjo un intenso dolor en la entrepierna e hizo volar mi linterna, que se estampó contra el suelo haciéndose trizas. Por unos instantes, pensé que me había partido por el eje.

Así que estábamos ya los dos dentro del recinto, el caserón de mis pesadillas se alzaba ante nosotros a unos pocos metros. Rafa encendió su linterna mientras yo trataba de vislumbrar algún resto de la mía. Pronto comprendí que recopilar las minúsculas piezas esparcidas era una misión imposible en las tinieblas de aquella maraña que algún día fuera un jardín.

— *Vamo.*

Muy felices se las prometía el pobre Rafa. Los sucesos acaecidos inmediatamente después de esa confiada orden, justifican que este episodio se encuentre entre los momentos más relatables de nuestras vidas y explican que por tiem-

po que pase, cada vez que Rafa y yo coincidimos en alguna situación, nuestro primer saludo sea siempre una sonrisa cómplice.

— ¡*Otia!*

Dijo a continuación. Y lo hizo con un punto de afonía trémola que yo no le reconocía. Levanté la vista y vi aquellos ojos de bestia alarmada que nos miraban muy abiertos, paralizados por el fogonazo de la linterna y por la sorpresa inicial de nuestra inaudita presencia. Superado el primer desconcierto, aquella pareja de canes saltó hacia nuestra posición, yo diría que sin buenas intenciones. ¡Cómo pudimos correr! Aquellas bestias ladraban con saña mientras trataban de alcanzarnos para clavarnos sus mandíbulas descomunales y juro que aún no puedo comprender cómo no lo consiguieron. En la fracción de un segundo los dos audaces aventureros habitábamos un espacio mínimo en la cúspide de una vieja fuente destartada en mitad del jardín. Estábamos abrazados, tiritando, berreando como endemoniados mientras aquellas fieras saltaban histéricas, impotentes, hacia nuestra posición. No eran “Pitbulls” ni “Rodwailers”. Como corresponde a aquellos años, cuando no había tanta limpieza étnica canina, ambos bichos pertenecían a razas indefinidas. Uno de ellos no andaba lejos de los pastores alemanes, pero con orejas gachas y mandíbula de cai-

mán; el otro era chato y feo como un demonio y lucía una piel grisácea y atigrada.

Sí, realmente tuve tiempo de sobra para fijarme en los detalles. Una larga noche se abrió ante nosotros, convertidos por las bromas del destino en una dramática pieza escultórica sobre aquel pomposo surtidor en paro.

Hubo una primera fase en la que los cancerberos, como buenos profesionales, trataban de alcanzarnos con cretina perseverancia. Minados por tanto esfuerzo estéril pasaron a un segundo periodo de saltos esporádicos y gemidos ansiosos. Por último llegó la “calma tensa”. Nosotros no podíamos bajar sin jugarnos el tipo y ellos jamás podrían trepar a nuestra mugrienta peana. Así que todo quedaba en manos del azar. Afortunadamente era una noche cálida de luna llena y el círculo sobre el que reposábamos no era del todo ínfimo. Con un poco de suerte los perros acabarían durmiendo, claro que... ¿Nos atreveríamos a bajar entonces?

También nuestra actitud fue conociendo transformaciones. A los alaridos de pavor, durante el shock inicial, les sucedió un sollozo compartido que era ya, más bien, la expresión de nuestro profundo arrepentimiento. Vino después una sesión de cándidos gritos de auxilio dirigidos a los remotos edificios de la lejanía y como remate, vencidos ya por el agotamiento y la insoportable tensión, caímos ador-

mecidos, el uno en el hombro del otro, gimoteando ya de puro desamparo. ¿Cuánto tiempo pasó? ¡Quién sabe! Sí recuerdo, en una nebulosa que difumina realidad y ficción, que el palacio de Oriol, imponente en la penumbra, parecía reírse de nosotros, que a medida que pasaba el tiempo nos iba dominando una sensación de frío, que cada vez que nos movíamos para cambiar de postura, los malditos chuchos adoptaban una posición de alerta y reanudaban sus ladridos. En algún momento de la larga noche se me ocurrió comentar, observando la lúgubre fachada:

— Mi madre tenía razón, esta casa está gafada.

Aquello sobrecogió de forma pasmosa a Rafa. Resulta que estuve buscando la excusa perfecta durante días y no se me ocurrió comentar la que habría sido disuasoria: “Esa casa da mala suerte”. Porque, mira por donde, Rafa, que era capaz de trepar por edificios en obras hasta el tejado y encarrarse con picas del tren cuando le pillaban “de colada” era tremendamente supersticioso. En días posteriores pude comprobar que un gato negro le cambiaba el humor, que podía recorrer kilómetros con tal de no pasar bajo una escalera y que al paso de un coche de la funeraria, lo de tocar madera no era ninguna broma.

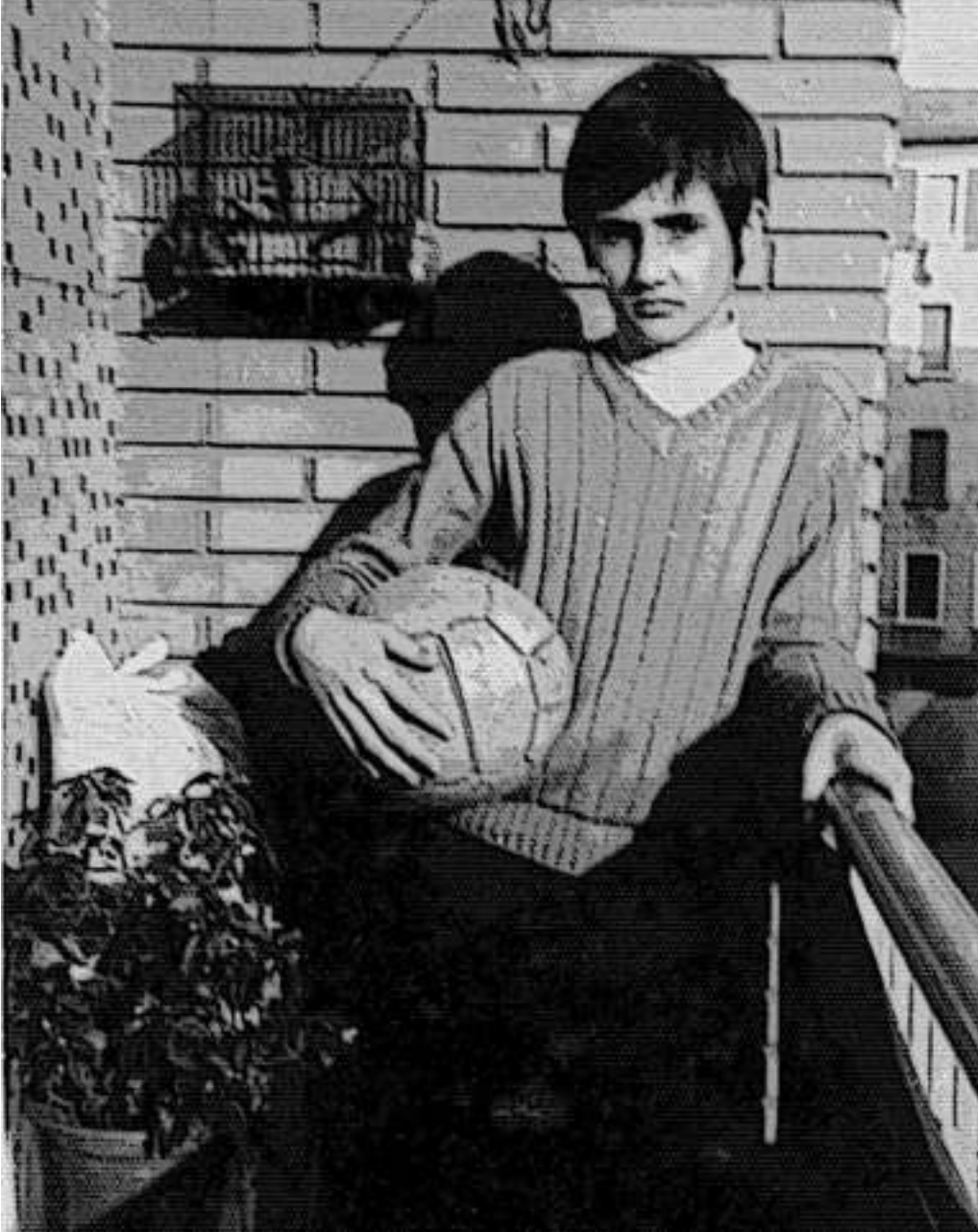
No sé quién ni cómo pudo vernos, pero pasado un tiempo que a mí se me hizo infinito, un estruendo de ladri-

dos y roces ferrosos nos sobresaltó y para cuando quisimos saber qué ocurría, los fogonazos de varias linternas nos estaban deslumbrando mientras unas voces desabridas parecían increparnos. No sin esfuerzo fuimos discerniéndolos. Eran policías municipales y presuntos vecinos de la zona y no les inspirábamos ninguna compasión. Aquellas señoras en bata nos señalaban como si fuéramos apariciones y aquellos alguaciles gordos y bigotudos nos gritaban como si hubieran sorprendido a la banda de “el Lute”. Nos llevaron al cuartelillo entre difusas amenazas y allí llamaron a nuestros padres que para entonces estaban ya desencajados. Lo gracioso del caso es que en mi casa me dejaron muy claro que no me convenían esas influencias mientras en la suya le exhortaron a distinguir entre la buena y la mala gente que se iba a encontrar por aquí.

Es curioso. Aquel turbador palacio de Oriol es ahora un hotel de lujo. Me cuentan que su inauguración estuvo rodeada de problemas y aplazamientos. Lo han dejado realmente precioso, de verdad. No creo que me hospede ahí.

Beste hainbat bezala Barakaldon jaiotako santurtziarra dugu Roberto Moso (1960). Informazio zientzietan lizentziatua, 1977 eta 1995 bitartean Zarama taldean aritu zen kantari eta taldearen zazpi diskoetako hitz askoren egilea da. Euskadi Irra-tiko hainbat saio zuzendu ditu eta Diario Vasco eta Garako aisia-gehigarrietan ohiko laguntzaile da. Gaur egun ETBren saio berezietako arduraduna da. Literatura arloan, Muskaria, El Tubo edo Pégola bezalako aldizkarietako lankidetzaz gain, “Cuentos y sucesos bastos” kontakizun-liburua argitaratu zuen 1993an eta horietako batean “La chica de la Terminal” oinarritu zen Aitzol Aramaio mundu osoan ezaguna den “Terminal” laburmetraiaren argumentoa egiteko. Ondoren etorri ziren “Bilbao, almacén de ficciones” (2001) eta “Escribir ...Santurtzi” (2002) askoren artean idatzitako liburuetako parte hartzeak. Orain arteko azken literatur lana “Flores en la basura. Los días del Rock Radikal” (2003) izan da.

Roberto Moso, santurtziarra nacido — como tantos — en Barakaldo (1960) es Licenciado en Ciencias de la Información. Cantante del grupo Zarama entre 1977 y 1995 es autor de gran parte de las letras de sus siete elepés. Ha conducido varios programas de Radio Euskadi y es colaborador habitual en los suplementos de ocio del Diario Vasco y Gara. Actualmente ejerce como responsable de programas especiales de ETB. En el campo de la literatura además de las colaboraciones en revistas como Muskaria, El Tubo o Pégola, publicó en 1993 el libro de relatos “Cuentos y sucesos bastos”, uno de ellos “La Chica de la Terminal” sirvió de argumento para el corto “Terminal” de Aitzol Aramaio, laureado en todo el mundo. Posteriormente siguieron las participaciones en los libros colectivos “Bilbao, almacén de ficciones” (2001) y “Escribir ...Santurtzi” (2002). “Flores en la basura. Los días del Rock Radikal” (2003) constituye hasta el momento su último trabajo literario.



SANTURTZIKO UDAL LIBURUTEGI SAREA RED DE BIBLIOTECAS MUNICIPALES DE SANTURTZI

LIBURUTEGI NAGUSIA BIBLIOTECA CENTRAL

Plaza Juan José de Mendizabal, s/n
E-mail: biblioteca@ayto-santurtzi.es
Tel. 94 461 08 54 • Fax. 94 462 57 15

LAS VIÑASKO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE LAS VIÑAS

C/ Bullón, s/n
E-mail: bibliotecavinass@ayto-santurtzi.es
Tel. 94 483 73 33

CABIECESKO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE CABIECES

Antonio Alzaga, 64
E-mail: bibliotecakabiezes@ayto-santurtzi.es
Tel. 94 483 82 32

SAN JUANGO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE SAN JUAN

Juan Sebastián Elcano, 11-13
Tel. 94 462 85 85

**SANTURTZIKO UDALA
AYUNTAMIENTO DE SANTURTZI
BIZKAIA**



**KULTURA ARLOA
AREA DE CULTURA**